

V.

JULIA Á SU MAESTRO.

«Yo no sé, mi querido y nunca olvidado amigo, lo que pasa por mí.

»Si examino el estado de mi alma, me ruborizo, y quisiera negarme á mí propia lo que en ella veo.

»¡Su hijo de V. me ha hecho muy infeliz! Hoy creo que le amo; sólo porque él ama á otra, y esta otra es una niña inocente, que me quiere como si fuera su madre, y que es además hermana de mi marido.

»¡Mi marido! ¡Ah! ¡si él hubiera sido para mí lo que debía ser, jamás hubiera yo conocido la desgracia!

»¡No sé por qué Dios quiso que le conociera cuando ya era amada de Rafael: no sé por qué, después de casada con Diego, ha traído á Rafael ante mis ojos!

»¡No sé por qué, después de haber conocido yo la pasión de su hijo de V., ha querido Dios que Diego fuese conmigo duro y cruel, y que me maltratase del modo más indigno y más inmerecido.

»¡Aquel golpe, querido maestro, aquel golpe, que le debió costar á V. lágrimas, á pesar de estar en el cielo, donde no entra ningún dolor; aquel golpe cubrió mi al-

ma de una sombra negra, lo mismo que cubrió mi rostro de una señal imborrable!

»Pero ¿á qué estas cobardes quejas? ¿A qué interpretar los designios de la sabia Providencia? Esperaré días más felices, y V. me alcanzará paciencia del que todo lo puede, del que lee en el fondo de los corazones.

»A no ser por ese feroz sarcasmo del destino, que hace brotar el dolor del centro mismo de la alegría, no debería yo llamarme ahora infeliz. Diego ha sabido, estoy segura de ello, ha sabido que yo era amada y prometida de Rafael: sin duda se lo ha dicho la Condesa de Montalvan, su sobrina de V., la misma que durante tanto tiempo tuvo comprado á mi marido.

»¡Comprado!..... ¡qué terrible palabra! ¡Si yo pudiera separarla de mis oídos y arrancarla de mi corazón, donde está grabada con caracteres de fuego!.....

»¡Comprado! Él se dejó comprar para olvidar en el juego y las orgías la horrible envidia que le consumía, y su hijo de V. no se dejó comprar ni aún por el lazo eterno que se llama matrimonio, y que tan poco hubiera exigido de él.

»Por lo que he oído acerca de su carácter, por mis propias, largas y solitarias reflexiones, creo conocer á la pobre Amanda, que ha aparecido en mi vida como una sombra fatídica, para desaparecer en breve. ¡Desgraciada mujer! ¡Un alma tan grande y tan ardiente encerrada en un cuerpo que jamás ha podido inspirar amor!

»Ella, que aborreció tan pronto y profundamente á mi marido; ella, que tuvo valor, según él me ha contado,

de decirle que sólo le había deseado como un instrumento; ella, que ha restituido dos millones á la persona despojada por su padre, pudiendo huir con ellos, tiene bastante grandeza de alma para haber vivido con Rafael como una hermana, para haberse contentado con llevar su nombre y para haberse resignado humildemente á su amistad si no podía darle su amor; y sin embargo, Rafael ha renunciado á todo eso, ¡y mi marido ha cedido sólo al vil atractivo de un poco de oro! ¡Oh, esto es horrible, horrible; esto no tiene nombre!

» No puedo, desgraciadamente, no puedo ya amar ni estimar á mi marido : si sólo hubiera sido culpable, podría rehabilitarse á mis ojos ; pero se vendió por envidia, me ha martirizado por envidia, por envidia me ha maltratado, y este sentimiento le rebaja para siempre ante mis ojos.

» ¡Y Rafael se venga de mí! ¡y Rafael no sabe adivinar el estado de mi alma : no sabe comprender la lucha cruel que sostengo conmigo misma, y afecta un amor que no siente tal vez hacia esa niña! ¡Oh, y cuán desgraciadas nos hace á las dos! ¡A ella, porque la engaña, estoy segura de ello, y despierta en su alma una pasión profunda é incurable : á mí, porque no sé si es el amor propio herido lo que ha despertado mi corazón : no sé si es que me irrita ese amor de desafío ; pero es lo cierto que algunas veces quisiera ser culpable por su amor, y que su amor llenase mi aislamiento!

» ¡Oh! ¡bien decía yo que entreveía alguna luz en el fondo oscuro de mi alma, pero que esta luz era la fúnebre y azulada de los relámpagos!

» ¡Desgraciada, desgraciada de mí!

» Hace dos meses que Rafael pidió á mi marido la mano de Adelina : ¿por qué no se ha casado ya con ella y se han alejado de mí?

» ¿Acaso aquella petición era sólo un pretexto para verme, y sea yo la mujer á quien él ame todavía?

» ¡Perdon, Dios mio ; á este pensamiento salta mi corazón de gozo; gozo culpable, ya lo sé, pero que lo inunda como una luz celestial!

» ¡Ah, mi querido maestro! ¡por qué no está V. á mi lado! ¡sobre todo ahora, que voy á quedar tan sola, porque Clemencia se va á América con su padre y con ese anciano, su protector!

» ¿Qué va á ser de mí, tan aislada, tan sola? ¿Qué va á ser de mí, testigo forzoso del amor de Rafael y de Adelina? Porque la verdad es que él debe amarla, y mis ilusiones de amor oculto hacia mí son sólo sueños vanos de mi débil cabeza : ¿no es ella una niña encantadora, dulce, ingénuo, llena de candor? ¿y yo qué soy ya? Una pobre mujer que ha cumplido veinticuatro años, enfermiza, abatida y sin rastro alguno de belleza. ¡Ah, si yo esperase algo, sería luchar las tinieblas con la aurora!

» ¡Adios, mi querido maestro! Mi cabeza está doliente, cansada : quisiera morir, pero soy demasiado buena cristiana para darme la muerte : V., que ya ha salido de este valle de lágrimas y que está al lado de Dios, pídale que me la envíe pronto para reunirnos allá arriba.»

Julia, después de escrito lo que antecede, dejó la pluma y apoyó entre las dos manos su abrasada frente.

La desdichada sufría mucho; apenas había en su

existencia una hora de sol ó de tranquilidad : algunas veces, sentada cerca del sitio que ocupaban Adelina y Rafael, levantaba éste los ojos y clavaba en ella una mirada profunda, que la hacía estemecer de placer y de esperanza.

Pero bien pronto, y pasada la embriaguez del momento, se acusaba de ella como de un crimen, y se retiraba á su cuarto para llorar libremente y confiar sus penas al papel, y áun entónces seguia llorando : en vano habia esperado, como otras veces, poder aliviar su corazon depositando sus dolores en el manuscrito que dirigia á su maestro, porque eran mucho más amargos despues de haberlos removido con tan tristes confianzas.

El ruido de unos pasos, lejanos al principio, y que despues se fueron acercando, la sacó de su abatimiento: levantó su rostro cubierto de lágrimas y se volvió para mirar á la puerta : en ella, de pié y mirándola con firmeza, estaba Rafael.

Julia dió un grito y volvió á sepultar su semblante entre sus manos; pero despues, avergonzada de su propia debilidad, volvió á levantarlo, enjugó sus ojos y se puso de pié, ya tranquila y grave.

VI.

LOS PROMETIDOS ESPOSOS.

A medida que desaparecia la expresion dolorosa de Julia, para dar lugar á su habitual expresion de gravedad y de calma, desaparecia tambien la tristeza del semblante de Rafael, y recobraba á su vez la altiva indiferencia de su fisonomía.

Saludó á la jóven y le dijo con voz breve y casi dura :

—Perdon, señora, por haber llegado hasta aquí : no hallé en la sala á Adelina, y creia.....

—Que estaria conmigo, ¿no es verdad, caballero? preguntó Julia con ironía; nada hay de extraño en eso, y ya que ha entrado, puede sentarse si gusta.

Y despues de decir estas palabras, Julia, que las habia pronunciado con gran esfuerzo, volvió á doblar la cabeza, destrozada por el dolor, y guardó un severo silencio.

Rafael tomó una silla; pero en vez de sentarse á alguna distancia de Julia, se colocó á su lado.

Si ésta hubiera levantado los ojos, hubiera visto de nuevo, en el pálido y hermoso rostro del pintor, la misma expresion de tristeza y de contenida pasion que

había observado en él cuando le vió á la puerta de su cuarto.

Pero no se atrevió á mirarle: solamente, al ver que no hablaba, creyó ser ella la que debía romper el silencio que reinaba y que se iba haciendo embarazoso para los dos.

—Adelina no está, dijo con acento ménos firme; ha salido con su hermano.....

—¿Y qué me importa á mí todo eso? exclamó Rafael interrumpiéndola; de nada que exista en la tierra me acuerdo, sino de que estoy á su lado de V., Julia!

Mme. Blanford se volvió como asustada de lo que oía, pero realmente espantada del eco que aquellas palabras despertaban en su alma.

Era un deslumbramiento de felicidad.

Era, tras una noche tempestuosa, un rayo de sol, dorado, alegre, risueño.

En un momento brillaron sus ojos, sus mejillas se cubrieron de color de rosa, y su boca se entreabrió con una celeste sonrisa.

Apareció otra Julia, jóven, hermosa, llena de gracias, y desapareció la mujer lánguida y abatida.

Sólo el amor puede obrar tales prodigios.

—¡Ah! exclamó con un acento cortado y ruboroso; ¿luego no viene V. aquí por Adelina?

—Julia, repuso Rafael, sólo he venido aquí por usted! ¡Adelina es un pretexto! Yo, que no hallaba ninguno para acercarme á V., le encontré cuando se llevó á su lado la hermana de su esposo; pero si no ése, yo hubiera hallado otro, porque lo necesitaba, porque era pre-

ciso que lo tuviese ó que me resignase á morir de tristeza y desesperacion!

—¿Pero qué espera V. de mí? exclamó Julia, que pasado el primer arrebató se espantaba del lenguaje apasionado de Rafael.

—¡Qué espero! ¡La felicidad! ¡Yo soy libre..... y usted también!

—¡Yo libre! murmuró Julia: ¡pluguiese al cielo!

Rafael no respondió á estas palabras: había visto sobre el velador en que se apoyaba Julia un cuaderno manuscrito en que se leía su nombre: le tomó, y leyó con indecible avidez toda la página en que Julia hablaba de sus luchas silenciosas é ignoradas.

Rafael, sin soltar el manuscrito, volvió á sentarse al lado de la jóven, que derramaba ese llanto doloroso del espíritu desfallecido.

—¡Oh Julia! exclamó con un acento vibrante de ternura; consiente en ser mía, ya que me amas! ¡Eres libre, porque los lazos que te unen á ese hombre, que no te ama, que te desconoce, son nulos ante Dios y los hombres! ¡Tú mueres aquí como una pobre flor, sin brisas y sin sol! ¡Vén y te reanimará el fuego de mi amor! ¡Mi padre te lo manda desde el fondo de su sepulcro! ¡Mi padre, al que hace poco llamabas tú, escribiendo esas líneas! ¡Mi padre, que quería unirnos para siempre!

—¡No! exclamó Julia, levantándose y arrancándose enérgicamente del encanto fatal que la envolvía; ¡no es posible que mi respetable amigo me aconseje que falte á todas las leyes divinas y humanas! ¡Yo seré desgracia-

da, pero jamas culpable! ¡Apártate, Rafael, y ya que has visto aquí la confesion de mi amor, no esperes que te lo niegue; pero no esperes tampoco jamas que falte á mi deber!

—¡Deber! murmuró el artista con una sonrisa sardónica; el deber es la capa con que se encubre la frialdad del corazon en las mujeres: el deber es el que engendra ese fanatismo que aconseja el sacrificio helado, sin entusiasmo y sin objeto!

—¡El deber es uno, solo, siempre exigente y terrible!

—¿Luego es el deber lo que te separa de mí?

—¡Sí! el deber es quien nos separa.

—Escucha, Julia, repuso Rafael con una gravedad triste; hay una senda usual, y de la que no se separan jamas las mujeres de inteligencia vulgar ó limitada; pero es porque en las escasas facultades de esas mujeres no entra el gran poder del amor: porque, si alguna vez aman, comparan las luchas que lo que llaman *faltar á su deber* les proporcionaria, con la paz que tienen segura, cumpliendo con ese *deber* tan ponderado; pero eso que llaman *deber* es egoismo, y nada más; y si el amor ha tenido entrada en sus corazones, el egoismo se encarga de sofocarlo y lo consigue fácilmente; mas dejemos ese odioso cálculo para las almas vulgares, como te he dicho, y obremos de otro modo más conforme á nosotros; confíate á mí; huyamos de esta tierra, que no es tu patria ni la mia: vamos á España; delante de Dios tú eres mi esposa y yo soy tu marido: nada valen esos lazos que los hombres han formado y que nosotros po-

demos romper. ¡Rompámoslos, y seamos todo lo dichoso que se puede ser en la tierra!

Durante este razonamiento, Julia habia permanecido silenciosa y deseando en su interior que el fuego de las palabras de Rafael la convenciese; pero no sucedió así.

En todo lo que oia no escuchaba más que la voz de la pasion, que ofusca; del entusiasmo, que se apaga con la posesion, y detras del cual se ve el remordimiento como un negro fantasma.

Hubiera querido ser engañada, y su clara razon veia la verdad.

Hay en las personas dotadas de un gran genio algo de grande y de sublime; hay en el alma de esas personas una luz brillante, que sólo ilumina lo que es realmente noble y bueno, y que pudiera llamarse la antorcha de la verdad.

Sólo con ese privilegiado organismo se pueden llegar á concebir obras sublimes é inmortales; porque la medianía sólo medianías produce.

Cuando Rafael acabó de hablar, el corazon de Julia rebosaba amor; pero su cabeza estaba ya libre del vértigo que durante algun tiempo la habia trastornado.

—Rafael, dijo; tú, al ser mi esposo prometido por las aspiraciones de tu alma, al amarme, no has cambiado la condicion de todos los amantes del mundo: has pensado en que mi compañía pudiera serte grata, en que tengo talento, en que tengo ya mucha gloria, en que soy además buena, dulce y paciente para la vida doméstica; es decir, que me reconoces todas las cualidades que á tí

mismo pudieran ser te ventajosas; en una palabra, ¡que eres egoísta!

—¡Qué escucho! exclamó Rafael echándose hácia atrás, con esa profunda indignación de todos los hombres cuando ven descubiertos sus defectos; ¡qué es lo que oigo! ¡Conque, tienes valor para culpar mi amor! ¡Conque, crees que me lleva á proponerte que formemos unos lazos que podrán ser tan durables y más gratos que los del matrimonio, el interés de mi dicha propia, de mi propia comodidad! ¿No me concedes siquiera que te ame y que desee sacarte del penoso estado en que vives?

—¡Sí! respondió Julia; ¡sé que me amas! Pero veo también que olvidas que, detras de esos lazos que me propones, están el remordimiento, la voz de la conciencia y la reprobación del mundo!

—¡Todo eso callará ante tu gloria!

—¡Ah, no! ¡La gloria no acalla la inexorable voz de la conciencia! repuso la jóven con tristeza; si así fuese, tal vez muchos más la buscarían y lograrían alcanzarla, porque la gloria se vende también, y más fácilmente se llega á ella por el camino torcido que por el recto! ¡Muchas almas nobles renuncian á ella por no acudir, para lograrla, á medios indignos! ¡Qué es la gloria! prosiguió Julia como hablando consigo misma, y alzando al cielo una mirada cubierta de lágrimas: ¿qué es la gloria? ¡El fallo, la opinión del mundo, de ese mundo del cual forman parte tantos necios é ignorantes!

—Entonces, ¿por qué trabajas? preguntó Rafael, que ante el lenguaje severo de la verdad, ante la lógica in-

flexible de aquella desgraciada jóven se iba sintiendo desencantado; ¿por qué trabajas? ¿por el dinero?

—¡Dios me libre siempre del horrible dolor de trabajar sólo por el dinero! respondió la artista; yo trabajo porque hay dentro de mí una voz que me dice: «¡Anda!»; trabajo por la íntima y santa satisfacción que mi trabajo me produce; si fuera opulenta, lo mismo trabajaría, porque el más verdadero placer del artista, su más hermoso premio, lo alcanza cuando termina cada una de sus obras.

—¿Y no tienes en nada la opinión del mundo?

—Tengo en mucho más la mía; el dictámen de mi razón es para mí el más respetable; no puede un autor juzgar sus trabajos cuando acaba de terminarlos, porque el entusiasmo podría influir en su juicio; pero si deja pasar algún tiempo ántes de examinarlos de nuevo, no hay comunmente un juez más justo é imparcial de su talento.

—¿Cómo se explica, pues, la existencia de tantos necios que se aplauden á sí propios? preguntó Rafael, que, sin saberlo ni pensarlo, dejaba de ser amante para convertirse en defensor de vulgares argumentos, y se rebajaba de una manera lamentable á los ojos de Julia.

—¡Los necios! ¡siempre los necios! repitió ésta tristemente; dejemos, si te place, querido Rafael, á esos pobres entes, y no contemos más que con las personas de razón: los necios abundan, pero entre todos sólo componen una nulidad; y aunque ellos dan su opinión en todas partes, aunque constituyan una inmensa mayoría, sólo para ellos son válidas sus opiniones, y para

alcanzan á engañarse unos á otros; porque una de las mayores desgracias del linaje humano es que cada uno ve todas las faltas de los demas y no conoce las suyas.

Calló Julia, y su prometido esposo no halló por el pronto frases con que contestarle: el desencanto habia abierto sus ojos; habia caido de ellos el velo del entusiasmo, que hasta entónces los habia cubierto: la razon de Julia habia despertado la suya, ó más bien, le pareció que aquella mujer jamas podria ser, á pesar de su débil apariencia, la amante ciega y sumisa, sino el juez severo, aunque silencioso, de todas sus debilidades.

De repente, toda la idealidad, toda la viveza, toda la gracia de la jóven desaparecieron de su vista como si una mano aleve se las hubiera robado.

VII.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Julia vencía; pero el amor huía del corazón de Rafael, confuso, lloroso y avergonzado.

Mme. Blanford lo presintió así con el instinto del alma, que hacía de ella una criatura tan superior á la generalidad de su sexo; sin embargo, guardó silencio: esperaba aún: creía que Rafael iba á prometerle un amor generoso y desinteresado, que nada exigiese, y que diese consuelos, puesto que la encontraba tan desgraciada.

Pero no sucedió esto. Rafael, despues de un rato de silencio, en el que reflexionó profundamente, dijo con acento perfectamente tranquilo y que contrastaba de un modo muy extraño con sus palabras:

—¿Es decir, Julia, que renuncias á mí?

La jóven le miró asombrada; luégo respondió con voz alterada y affigida:

— No; renuncio sólo á ser culpable y á hacerte desgraciado.

—¿Y crees ser más dichosa viviendo al lado de tu marido?